

## 12. Contemplando la victoria del Resucitado

En la carta a los Efesios, Pablo hace coincidir la instauración de Cristo a la derecha del Padre con su resurrección, y lo describe como su posición de dominio sobre todos los poderes del cielo y la tierra, y también como su posición como Cabeza de la Iglesia, “su Cuerpo”.

“Cuán grande y sin límites es su poder, el cual actúa en nosotros los creyentes. Este poder es el mismo que Dios mostró con tanta fuerza y potencia cuando resucitó a Cristo y lo hizo sentar a su derecha en el cielo, poniéndolo por encima de todo poder, autoridad, dominio y señorío, y por encima de todo lo que existe, tanto en este mundo como en el venidero. Sometió todas las cosas bajo los pies de Cristo, y a Cristo mismo lo dio a la Iglesia como cabeza de todo. Pues la Iglesia es el cuerpo de Cristo, la plenitud de Cristo, que es quien lleva todas las cosas a su plenitud” (Ef 1,19-23).

San Pablo nos dice que el Señor resucitado, sentado a la derecha del Padre, es el cumplimiento perfecto de todo, que se expresa y revela su plenitud en el Cuerpo de la Iglesia. La Iglesia manifiesta a su Cabeza resucitado en gloria. No sé si siempre somos conscientes de ello, y si realmente vivimos con esta conciencia nuestra pertenencia a la Iglesia. Ciertamente, todos tenemos necesidad de convertirnos a esta conciencia de vida eclesial para vivirla eficazmente.

Parece ser esto lo que San Pablo pide en la Carta a los Colosenses: "Por lo tanto, ya que habéis sido resucitados con Cristo, buscad las cosas del cielo, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios. Pensad en las cosas del cielo, no en las de la tierra. Pues vosotros habéis muerto, y ahora vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cristo es vuestra vida. Cuando Él aparezca, vosotros también apareceréis con Él y tendréis parte en su gloria" (Col 3,1-4).

Luego la Carta continúa con instrucciones de San Pablo a la comunidad de Colosas sobre la conversión individual, comunitaria y familiar, de modo que la conciencia mística del misterio glorioso de Cristo, en el que estamos involucrados por el bautismo, muestre cada vez más a los cristianos tal y como son "teniendo parte en su gloria", de modo que la vida "escondida con Cristo en Dios" sea cada vez más visible en el mundo.

Aquí San Pablo pide ante todo una labor contemplativa: "Buscad las cosas del cielo, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios. Pensad en las cosas del cielo" (Col 3, 1-2). Una labor contemplativa que no solo debería servir para conocer a Dios, sino a nosotros mismos, porque ahora nuestra vida "está escondida con Cristo en Dios", y Cristo es nuestra vida. Jesús a la derecha del Padre es nuestra verdadera vida. No se trata de una bella imagen piadosa, de un hermoso icono, un mosaico majestuoso en el ábside de una antigua basílica: Cristo, a la derecha de Dios, es nuestra vida, la misteriosa verdad de nuestras vidas, ya que resume la muerte y resurrección que nos han redimido y restaurado la vida, pues estábamos muertos.

También San Pedro, en su Primera Carta, contempla a Cristo a la derecha de Dios en un contexto en el que se habla del misterio pascual, del bautismo y de la conversión: "Aquella agua [del diluvio] era representación del agua del bautismo que ahora os salva (un bautismo que no consiste en limpiar el cuerpo, sino en pedirle a Dios una conciencia limpia); y os salva por la resurrección de Jesucristo, que subió al cielo y está a la derecha

de Dios, y a quien han quedado sujetos los ángeles y demás seres espirituales que tienen autoridad y poder" (1 Pe 3,21-22).

El bautismo cristiano es un gesto que invoca la salvación al Padre gracias a la resurrección de Jesucristo, y que pide al Padre que identifique, que conforme los bautizados al Hijo que se sienta a su derecha. Es como pedirle a Dios que nos asimile al Hijo glorioso, pues Él murió y resucitó por nosotros. Su lugar junto al Padre es el que ha ido a preparar, y ahora nos trae con Él a través de su venida a nosotros en la Iglesia, en los Sacramentos.

Pero es especialmente la Carta a los Hebreos la que insiste, al menos en cinco ocasiones, en la instauración de Cristo a la derecha de Dios. Lo hace en el marco de su teología de la majestad de Cristo, único Sacerdote y Víctima por la redención del mundo. Desde el comienzo de la carta, el autor canta el misterio de Cristo, la revelación del Padre:

"Ahora, en estos tiempos últimos, nos ha hablado por su Hijo, mediante el cual creó los mundos y a quien ha hecho heredero de todas las cosas. Él es el resplandor glorioso de Dios, la imagen misma del ser de Dios; y es Él quien sostiene todas las cosas con su palabra poderosa. Después de limpiarnos de nuestros pecados se ha sentado en el cielo, a la derecha del trono de Dios" (Hb 1,2-3).

Cristo está por encima de todos los ángeles, precisamente porque sólo Él tiene el privilegio de sentarse a la derecha del Padre: "Dios nunca dijo a ninguno de sus ángeles: "Siéntate a mi derecha hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies."'" (Heb 1,13; cfr. Sal 109,1).

En algún punto de su larga meditación sobre Cristo, nuevo y eterno Sacerdote de la Nueva Alianza, el autor de la carta a los Hebreos exclama: "Lo más importante de cuanto estamos diciendo es que nuestro Sumo Sacerdote es de tal naturaleza que se ha sentado en el Cielo, a la derecha del trono de Dios, y actúa como sacerdote en el verdadero santuario, construido por el Señor y no por los hombres" (Heb 8,1-2).

Según la Carta a los Hebreos, la instauración de Cristo a la derecha del Padre es, por lo tanto, una posición cultural, sacerdotal; se trata de un culto eterno y perfecto, un culto eucarístico, porque Jesús está eternamente ante el Padre para presentar la ofrenda de sí mismo para la redención de todos los pecadores.

Continuamos leyendo en la Carta a los Hebreos: "Todo sacerdote [de la Antigua Alianza] oficia cada día, y sigue ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, aunque estos nunca pueden quitar los pecados. Pero Jesucristo ofreció por los pecados un solo sacrificio para siempre, y luego se sentó a la derecha de Dios. Allí está esperando hasta que Dios haga de sus enemigos el estrado de sus pies. Así, por medio de una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los que han sido consagrados a Dios" (Heb 10,11-14).

Es importante para nosotros este énfasis, porque nos muestra cómo la gloria de Cristo es de hecho nuestra redención cumplida, es la gloria de la Cruz, el cumplimiento entre el Hijo y el Padre de la obra de la salvación de los pecadores. Jesús está a la derecha del Padre para cumplir hasta el final la redención del mundo, para obtener la salvación de todos, en virtud del único sacrificio pascual perfecto. Entendemos que de la instauración de Cristo a la derecha del Padre depende, como dice San Pablo, nuestra vida, la verdad y la plenitud de nuestra vida. La comunión de Cristo resucitado con el Padre, que está a su derecha con su cuerpo resucitado y glorificado, aunque por siempre marcado por el dolor de la pasión y la muerte, es la fuente de la salvación que nos llega y nos involucra a través de la Iglesia y de sus Sacramentos.